

Comunicación: imaginarios y representaciones sociales

Editorial

En la actualidad, las nociones de *imaginarios sociales* y *representaciones sociales* han adquirido un lugar importante en los estudios comunicacionales, culturales y políticos. Su importancia radica en el hecho de que ambas perspectivas teóricas permiten identificar la manera como los sujetos construyen, reconstruyen y transforman la realidad social. Los imaginarios y representaciones sociales estructuran la experiencia social y configuran la memoria colectiva.

A menudo, los términos “imaginario social”, “representaciones sociales” se utilizan de manera indistinta y se presentan a veces como sinónimos. En otros casos, simplemente se emplean sin ninguna definición y diferenciación clara de otras categorías cercanas.

La temática de este número ha estado presente en otras entregas de la Revista. Aquí nos propusimos reflexionar más detenidamente sobre algunos de los usos de estas nociones y ubicar algunas de sus más importantes significaciones: los fenómenos específicos que intentan abordar, los procedimientos analíticos que se derivan de sus perspectivas teóricas. Por ello, hemos reunido una serie de artículos representativos de algunas de las diversas tendencias investigativas que existen en este campo de los estudios sociales.

En primera instancia, nos interesa poner de relieve lo que estos conceptos tienen en común y valorar, a la vez, la productividad de sus aplicaciones empíricas. En todos los casos, estas categorías son centrales en el examen de los modos de construcción de una realidad social. Sin embargo, consideramos fundamental señalar que estas nociones provienen de campos epistemológicos distintos.

Mientras el concepto de representación social se vincula directamente a la cultura y a la tradición de la psicología social francesa, la noción de imaginario es una categoría de matriz filosófica que recientemente ha sido manejada como categoría científica y sustento de una serie de estudios empíricos en el campo de las ciencias sociales.

Si seguimos las líneas genealógicas de estos conceptos, podemos apreciar que las nociones de imaginario y de representación social tienen orígenes muy diversos. La de imaginario tiene una historia muy larga que se remonta a la filosofía occidental forjada en la Antigüedad clásica, pasando por la Edad Media, hasta la actualidad. A mediados del siglo XX, y sobre todo después de los setenta, se da el tránsito de una categoría filosófica a una empírica, utilizada en los campos de la antropología, el psicoanálisis, la sociología, la historia y la política adquiriendo distintas acepciones.

En este trayecto, y a partir de los aportes de múltiples corrientes de las ciencias sociales, la noción de “imaginario social” surge y va perdiendo lentamente su acepción negativa, peyorativa que la había condenado a ser lo inexistente, lo irreal, lo falso o lo ficticio para recuperar una definición positiva: el producto del funcionamiento simbólico del ser humano. La imaginación constituye precisamente al ser humano, lo que lo distingue de los demás seres vivientes. El imaginario social aparece ligado a la realidad configurándola. Desde estas perspectivas, lo imaginario determina entonces las nociones de tiempo y espacio, las construcciones materiales e institucionales, los saberes, los comportamientos individuales, grupales y colectivos.

En este contexto, el pensamiento de Gilbert Durand y Cornelius Castoriadis constituyen pilares de una nueva manera de concebir el imaginario social, aunque desde muy diferentes perspectivas teóricas y sociales. Durand plantea que lo imaginario es lo constitutivo del comportamiento del *homo sapiens*. La capacidad de imaginación del ser humano no responde a reglas de asociación arbitraria, sino a una lógica restrictiva sobre el modelo de reglas semánticas que encuentran sus raíces en arquetipos. Su interés es precisamente explorar las profundidades arquetípicas de la imaginación humana, encontrar las motivaciones fundamentales, las corrientes dinámicas que subyacen y animan las sociedades humanas. Las imágenes, en esa concepción, son mediadoras entre el contacto del ser humano y el cosmos. No existe posibilidad de conocer sin imagen (como se pensaría en el cartesianismo). En ese sentido, se separa de cualquier concepción ontológica. El reto de Durand es lograr descubrir las

estructuras productoras de imágenes que se encuentran en el origen de todas las creaciones humanas hasta de las producciones científicas. Una de sus obras clásicas se titula *Las estructuras antropológicas del imaginario* (1960); dichas estructuras se regirían por un régimen diurno y nocturno.

De acuerdo con este autor, las imágenes se forman en el “trayecto antropológico” a partir de la interacción entre la naturaleza psico-fisiológica del hombre (sus “pulsiones” o reflejos) y el medio cósmico y social. Las imágenes son simbólicas y no semiológicas (ya que éstas serían arbitrarias). Existirían, por un lado, los símbolos “fundamentales” que son los arquetipos (los cuales son estables y están más allá de las culturas particulares), y por otro lado, los símbolos que son especificaciones culturales de los arquetipos. La “mitodología” y el “mito-análisis” son las vías para descubrir los grandes mitos y los conjuntos de imaginarios permanentes. Durand habla de “mitos inconscientes” o de “inconsciente colectivo”. Utiliza el concepto de “cuenca semántica” para dar cuenta del surgimiento, mantenimiento y decadencia de todo un ciclo de pensamiento.

El “mito-análisis” de Durand pretende dar cuenta de los grandes mitos directrices en diferentes momentos históricos. Para ello, se inspira en el pensamiento psicoanalítico de Jung y en el análisis estructural de Lévi-Strauss, aunque critique severamente la tendencia racionalista y formalista de este antropólogo. Retoma además las ideas de Gaston Bachelard y Mircea Eliade (véase bibliografía sobre el tema en la sección Materiales).

Desde una perspectiva social y política totalmente diferente, Cornelius Castoriadis también plantea en su libro sobre la *Institución imaginaria de la sociedad* (1975) que la imaginación es precisamente la capacidad del ser humano que lo distingue del animal, pero dicha imaginación no está regida por reglas estrictas, fijas, por instintos, sino por pulsiones que dejan espacio a la libertad. Lo que caracteriza al ser humano sería precisamente su imaginación radical, su poder de creación. Si bien este ser está socializado, no está totalmente determinado.

Cornelius Castoriadis, a diferencia de Durand, subraya precisamente la dimensión histórica y cambiante de la sociedad. Según este autor, el imaginario social está instituido, está determinado, pero también sería instituyente, está sujeto a nuevas determinaciones. El imaginario instituido está compuesto por un conjunto de representaciones globales de la sociedad, conjunto que nunca queda clausurado totalmente. “Lo imaginario”, propiamente dicho, remitiría

a ese nivel de indeterminación permanente que existe en los procesos históricos. Dicha indeterminación alude no al vacío de determinación social, sino a la emergencia de nuevas determinaciones. Al subrayar la dimensión histórica y cambiante, destaca también el papel del ser humano como un actor social, con capacidad de poner en duda lo instituido y hacer un uso lúcido y reflexivo de lo simbólico, del imaginario instituido.

Castoriadis construye la noción de imaginario a partir de una crítica también del pensamiento funcionalista marxista y de la noción de ideología como falsa conciencia. De acuerdo con él, la realidad objetiva no existe. Se separa del pensamiento ontológico también. El imaginario construye lo que es, lo que no es, lo que vale y lo que no vale. Construye, por lo tanto, la realidad social. No existe la falsa conciencia, pero sí existe una tendencia de pensamiento muy vigente en toda sociedad: la heteronomía, la creencia en el origen extrasocial de las instituciones sociales (como resultado de fuerzas de carácter religioso, económico o tecnológico), la noción de que éstas no pueden ser modificadas por el ser humano. A esta tendencia se enfrenta la política, como búsqueda de autonomía del ser humano para cambiar las instituciones al considerarlas como un producto social.

Castoriadis utiliza la categoría de representaciones en el sentido de imaginario instituido, determinado y propone la noción de significaciones imaginarias sociales para enfatizar su permanente transformación.

La reflexión psicoanalítica desempeña también un papel fundamental en sus concepciones y sobre todo en su noción de la psique humana y del imaginario radical. El pensamiento del mismo Freud y la vertiente psicoanalítica de Lacan son retomados, a partir de una reelaboración teórica importante.

En el caso del concepto *representaciones sociales*, su historia es más reciente y tiene su origen en la psicología social con el estudio fundacional de Serge Moscovici, *El psicoanálisis, su imagen y su público* (1961). Una década después de la aparición de este libro, se inicia una vasta producción teórica y empírica que legitima y consolida este campo. Este enfoque ha dado lugar a numerosas corrientes de investigación y diversos modelos de aproximación teórica y empírica.

Recordemos que para Moscovici, la representación social es una modalidad particular del conocimiento, cuya función es la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre los individuos. Por ello la representación social es considerada como una forma de conocimiento socialmente elaborado

y compartido, que tiene un objetivo práctico y concurrente a la construcción de una realidad común de un conjunto social. Se constituye a partir de nuestras experiencias, pero también de las informaciones, conocimientos y modelos de pensamiento que recibimos y transmitimos a través de la tradición, la educación y la comunicación social.

La teoría de las representaciones sociales está considerada como una de las perspectivas alternativas que dentro de la psicología social se propone superar las limitaciones de los modelos centrados sobre el funcionamiento puramente intraindividual, sin tomar en cuenta el papel de los contextos históricos, sociales y culturales, ni los problemas de la vida cotidiana, o los problemas sociales a los que se enfrenta la cultura contemporánea.

El estudio de las representaciones sociales dedica su interés a las condiciones de producción y circulación del pensamiento social, al reconocer sus formas, sus contenidos, su funcionamiento y funciones sociales que adquiere a partir del estudio del sentido común. El modelo de la representación social intenta salir del solipsismo interior para aprehender las condiciones sociales y culturales de la producción de dicho sentido común, tomando en cuenta la interacción y la comunicación social, así como la pertenencia de los sujetos sociales a ámbitos y grupos particulares.

Situada en la interfaz de lo psicológico y de lo social, la noción permite relacionar el estudio de la cognición y del pensamiento social con fenómenos como los sistemas simbólicos, las actitudes sociales involucradas en las mentalidades y la ideología.

Otro de los rasgos distintivos de esta aproximación teórico-metodológica es la referencia a los diversos procesos individuales, interindividuales, intergrupales y más globales que frecuentemente interactúan los unos con los otros, de la conjunción dinámica de los cuales resultan esas realidades vivas que son finalmente las representaciones sociales.

A partir de las consideraciones expuestas sobre las categorías de los imaginarios y las representaciones sociales, podemos señalar —de una manera muy esquemática— que la noción de imaginario social ha sido utilizada para estudiar procesos de larga duración, así como momentos de transformación social, mientras que la noción de representación social tiende a ser empleada para analizar procesos de corta duración. Por otra parte, la dimensión grupal tiende a ser el punto de reflexión en las representaciones sociales, mientras que la dimensión colectiva es más destacada en los estudios sobre los imaginarios.

Las concepciones de los sujetos en ambos estudios tienden a ser también diferentes. Mientras que en los estudios de las representaciones sociales —debido a su articulación con las corrientes psicocognitivas o de la sociología cognitiva— existe una tendencia a considerar al sujeto como un sujeto racional, es decir a un *homo rationalis*, los estudios del imaginario de Durand y Castoriadis ponen el acento sobre la capacidad de la imaginación del ser humano.

Más que oponer las dos categorías teóricas y entablar así un interminable debate, invitamos a nuestros lectores a continuar esta reflexión sobre lo que cada uno de estos conceptos ofrece ante el estudio de las realidades sociales a partir de los artículos que incluimos en este número de *Versión*. Un grupo de textos retoma el tema de las representaciones sociales como una perspectiva tanto teórica como metodológica para aproximarse a diferentes fenómenos sociales. Tal es el caso de “Representación social de la democracia. Las creencias sobre el bien común”, de Óscar Rodríguez y Silvia Ayala; “Las representaciones sociales de los jóvenes universitarios sobre comunicación”, de Silvia Gutiérrez; “Los académicos desde la perspectiva de los estudiantes”, de Juan Manuel Piña; “La ciencia y los científicos a través de la mirada de los jóvenes universitarios”, de Silvia Domínguez; y “La práctica ganadera desde la perspectiva de las representaciones sociales”, de Lourdes Trujillo. Si bien cada uno de los autores utiliza procedimientos metodológicos distintos, todos los textos están sustentados en la teoría de la escuela clásica de las representaciones sociales formulada sobre todo por Moscovici y Jodelet (véase bibliografía sobre el tema en la sección Materiales).

Por otro lado, existen textos cuyo interés es abordar la realidad social desde la perspectiva del imaginario social. Entre ellos se incluyen los textos de André Corten, “Imaginarios populares y virajes políticos. Un marco conceptual”, y Pierre Beaucage, “Los imaginarios de la indianidad hoy. Diversidad y convergencias”, en los cuales existe una reflexión teórica sobre el concepto de imaginario social.

Situado entre estas dos categorías teóricas, el texto de Alfredo Guerrero, “Representación e imaginario del mapa de México”, ofrece una discusión sobre las diferencias entre el concepto de imaginario social y el de representaciones sociales, así como un estudio empírico sobre los mapas mentales.

Finalmente se incluye otro grupo de textos que abordan el tema de las representaciones sociales o del imaginario social de una manera tangencial.

Dichos conceptos son utilizados sólo como apoyo teórico, pero abordan problemas de la comunicación social que nos parecen fundamentales, como el trabajo sobre las nuevas tecnologías en los sectores populares de Rosalía Winocur, y el de los regímenes de mirada en el cine de Noé Santos. Asimismo, incorporamos un texto sugerente sobre la articulación entre la memoria y los imaginarios sociales en el marco político de la guerra civil en Guatemala, de Violeta Yurikko Medina, así como un artículo sobre las imágenes antijudías que han poblado la historia, elaborado por Javier Meza González y Teresa Farfán Cabrera.